

de “blases” que tampoco parecen tener cierta correspondencia con el verdadero Blas autor, ni mucho menos con ningún apóstol San Blas. La blasitud de los cuentos de este libro es una blasitud impostada como la de un Pedro Juan Gutiérrez, que se inventa a sí mismo mientras inventa la vida cotidiana de La Habana en que él vive, una Habana que deja de ser real en cuanto se convierte en cierta clase de literatura.

La gran protagonista de este libro es precisamente su decorado: Ciudad Juárez, aquella Ciudad Juárez que todos conocimos y que hoy ya no existe al haber sido arrasada por toda clase de federales, soldados y sicarios que han destruido una urbe que no pudieron amar ni comprender, una ciudad que nunca les perteneció y que hoy sólo les atañe en una insoportable relación de necrofilia con una novia cadáver. Pero Blas García Flores nos habla de una Juárez próspera y feliz, internacional y provinciana

al mismo tiempo, una ciudad llena de rincones familiares y personajes pintorescos y reconocibles. Blas García Flores no es narrador del marasmo contemporáneo, sino de aquella urbe donde el moderado caos era parte considerable de su idiosincrasia, mucho antes de que el rencor de la extrema derecha, la codicia de los narcotraficantes y la necesidad de mucho dinero negro en Estados Unidos la empujasen al apocalipsis cotidiano en que hoy habita y languidece. Cuentos como “Ciudad Chicle 1982”, “Parque Borunda” o “Tríptico” hacen de la ciudad un gran escenario donde se explaya con gusto el alma humana con sus apetencias y sus miserias. En otros cuentos, como en “Vino de honor”, Blas reescribe la realidad y la potencia enriqueciéndola con la fantasía y con ese ya mencionado sentido del humor que tergiversa la realidad para labrarla y darle un nuevo sentido por medio de la verdad de las mentiras.

Este libro es una

blasfemia, dicho en sentido cotorrón, pero también etimológico para quien sepa entenderlo. Le debo a su lectura un buen puñado de deliciosos ratos e invito a los demás a gozar de la misma visión lúdica, mágica y nostálgica que Blas García Flores arroja sobre Ciudad Juárez y sus habitantes. Esperemos nuevas blasfemias de su parte.

*Docente-investigador de la UACJ.

Víctor Hernández Márquez*



Ética de crisis y de frontera, Josu Landa

“La ética es la agricultura de la mente”, decía Helvetius y con ello sugería que toda emancipación pasa por un proceso de interiorización intelectual

que la hace posible. Es decir, para poder llegar al imperativo categórico, al bien supremo, a la vida feliz, se requiere como punto de partida una reflexión que permita ubicarnos en relación con el todo; somos y actuamos en la medida que sabemos dónde nos encontramos (de allí que la ética conlleva, al menos en el sentido clásico, una suerte de ontología y de epistemología). Sin embargo, esta interiorización no es nunca una simple gimnasia mental, un mero discurrir teórico, sino fundamentalmente una práctica. De allí la lacónica observación helénica, “lo importante no es discutir qué significa ser una buena persona, sino *ser* una buena persona”.

Es por tal motivo que los antiguos griegos distinguieron entre el conocimiento teórico y el saber práctico, o mejor dicho, entre el conocimiento (episteme) y la sabiduría *phrónesis*. Y para la filosofía helenística o postaristotélica, una forma de pensar que surge como respuesta a la decadencia política en la que cae la ciudad-

estado de Atenas y sus aliados, no existe otra tarea para la filosofía que mostrar la ruta para alcanzar la buena vida en medio del caos y la desolación social.

Esta ética de crisis es el tema que Josu Landa, distinguido poeta, editor, traductor¹ y filósofo (el orden de los términos no supone ningún tipo de prioridad intelectual), ha escogido para impartir un seminario abierto a todo el público durante el semestre enero-mayo del presente año. A ello ha sumado la idea de una ética de frontera con la esperanza de establecer una vía de acceso, una conexión más íntima, a la peculiar situación que se padece en esta ciudad sin estado, pero también en todas aquellas entidades ubicadas en contrastes geopolíticos similares.

La conveniencia de volver una vez más sobre la sabiduría de la filosofía helenística para enfrentar los problemas del presente encuentra siempre reticencias de toda índole, empezando con aquellas que se formulan desde la negación de

su pertinencia con base en las grandes diferencias sociales y políticas entre el pasado remoto y el presente (*aquella, al menos, era una democracia*). Para salir al paso Josu Landa apela a la estabilidad de la naturaleza humana en medio de la diversidad que le impone el devenir como especie. Este esencialismo dinámico permite, por otro lado, desactivar a dos enfoques rivales latentes; es decir, al historicismo y al existencialismo. Sin embargo, dudo mucho que los aludidos se pudieran quedar contentos con el rápido despacho —y no podría ser de otra manera dado lo apretado del temario— de sus respectivas posturas antiesencialistas, ya que, para ellos, admitir la historicidad misma del ser implica la negación de toda esencia humana; es decir, para ambas posturas el esencialismo es necesariamente estático o no es, y cualquier consideración hacia el devenir, de un ser *siendo*, sólo puede entenderse como una claudicación tácita a las aspiraciones esencialistas. Además,

para unos y otros de los impugnados, volver al pasado remoto nunca ha sido un motivo suficiente para renegar de sus inclinaciones antiesencialistas. Heidegger, por ejemplo, puede regresar al origen mismo de la filosofía para documentar su sospecha de que la humanidad padece una especie de Alzheimer ontológico.

Dejando de lado esta clase de reparos menores, Josu Landa concibe las filosofías helenísticas como una resonancia polisémica de la figura de Sócrates. Nada extraño si se advierte el peso evidente que el osado cuestionador ejerce sobre Platón y Aristóteles, incluso todavía, sobre el pensamiento contemporáneo (un ejemplo notable son los borrólogos o difusólogos; es decir, los tecnólogos de la lógica difusa, quienes encuentran las bases conceptuales de su disciplina en las famosas paradojas socráticas² —i.e., *mientras más ignoramos, más creemos saber; mientras más sabemos, menos certeza sentimos tener*).

Tal vez la herencia más palpable de Sócrates se encuentre en el cinismo y el escepticismo. Los primeros radicalizan el desapego a las cosas materiales y el rechazo a observar las convenciones sociales en tanto se presentan como obstáculos para el pleno ejercicio de las virtudes morales. Pero no es todo, la vida filosófica cínica significa apego a la *physis*, a la ley de la naturaleza (y aquí como en muchas otras ocasiones, Landa también advierte y resalta las limitaciones semánticas a las cuales se encuentra sujeta la traslación de muchos de estos términos) y con ello se anuncia una ruptura de sentido con la moral entendida como pauta de conducta dictada por la costumbre o la convención social. De allí la famosa anécdota sobre Antístenes, fundador del movimiento, que al decirle “muchos te elogian”, responde “pues ¿qué he hecho mal?”

Con los escépticos el asunto es mucho más delicado, ya que no sólo se extralimitan en la interpretación de la docta ignorancia socrá-

tica, sino que son capaces de reclamar su linaje a dogmáticos incurables como Platón y Aristóteles. Sin embargo, el escepticismo no figura en el menú principal de la exposición de Landa y sólo se remite a éstos como medios para ampliar sus comentarios sobre los cínicos, los estoicos y los epicúreos.

Ahora bien, si se quiere encontrar un común denominador en las preocupaciones filosóficas de la época helénica, sin duda, todas ellas se concentran en ese intento siempre renovado por actuar en conformidad con los dictados de la *physis*. Sin embargo, la constitución de esa naturaleza difiere según se esté ante un estoico, un cínico o frente a Epicuro, y Josu Landa ha hecho gala de sus cualidades intelectuales para establecer, de manera clara y pertinente, las respectivas identidades y diferencias entre todas estas doctrinas.

Si se toma en cuenta exclusivamente las *lectures* que Josu Landa ha preparado y entregado con antelación a cada

sesión (cosa que habla de su solvencia y generosidad como escritor y pensador), podría pensarse que en los hechos se ha olvidado de establecer en cada caso la conexión entre las respuestas helenísticas a la cuestión ¿cómo podemos vivir?, y este presente ingrato. Pero no ha sido así, pues lejos de abandonarse al monólogo, Landa ha tenido a bien escoger replicantes para cada sesión y abrir el diálogo con los asistentes más allá de los tiempos usuales concedidos por la academia.

No hay espacio para comentar con un mínimo de justicia las virtudes de la interpretación que Josu Landa posee de las filosofías helenísticas, de su dialéctica y actitud intelectual, de modo que quizá sólo resta agradecerle su paciencia y ánimo para atender las diversas cuestiones que el público le ha formulado insistentemente a lo largo de nueve extenuantes sesiones.

*Docente-investigador de la UACJ.

¹ Hurgando en la red, ese panóptico virtual, se podrán enterar que ha vertido al euskera nada más y nada menos que el poema

Muerte sin fin, de José Gorostiza (*¡Oh inteligencia, soledad en llamas/ que todo lo concibe sin crearlo!...*).

² Véase, por ejemplo, el librito de Vladimir Dimitrov y Bob Hodge, *Social Fuzziology. Study of Fuzziness of Social Complexity*, 1.4., Heidelberg: Physica-Verlag, 2002.

Gilberto Vargas
González*



Seminario “Éticas de Crisis y de Fronteras (Cinismo, Epicurismo, Estoicismo y Escepticismo)”

Actividad que recientemente concluyó (del 25 de febrero al 3 de junio, 2011), coordinada por Josu Landa Goyogana (FFyL, UNAM), nuestro huésped, en una estancia sabática semestral. El coordinador, quien ya había participado antes en la UACJ, con dos cursos, “La enseñanza de la filosofía: la formación del filósofo en Platón”; y

“Dionisio: mito, rito, pensamiento y poesía” (sobre F. Nietzsche y *El nacimiento de la tragedia*) —dentro del Programa *Saberes*, verano 2009 e invierno 2010, respectivamente— escribió, cuando este seminario nacía apenas como proyecto:

[...] es típico de las éticas [del período helenístico, período de crisis hacia fines de la época clásica de la filosofía en Grecia] la apertura de la filosofía a toda persona, con independencia de la clase, casta, nivel educativo, cultura, género, estamento o condición social. Por ejemplo —y en absoluto es una excepción— Epicuro sostiene con toda claridad que la filosofía es asunto de hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, ricos, pobres y todo el que se sienta llamado por ella; idea impensable antes de la crisis de la polis griega, en especial, la ateniense. Me plantea-